

Perfecta infelicidad

Gabriel Jesús García Herrera



Capítulo 1

Alma roja

«Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne».

Génesis 2:24

I

Los trazos eran finos. Curvas delicadas en los bordes y pinceladas en los pliegues. Era como si el hombre pintase sombras en las paredes de un callejón. Mis ojos se desviaron hacia la piel desnuda, la inspiración de la obra, y no dejé de preguntarme si acaso había mejor persona que un artista. El mundo les debía su encanto –me decía–, su misticismo, su genialidad. Pregunté si había estudiado en una escuela de arte en Europa o si tuvo a un maestro que lo hubiese formado; algo que lo convirtiese en el genio que era. Kowalski detuvo el pincel y, sin observarme, respondió: "A un artista no se le interrumpe cuando trabaja. El arte es la inspiración del momento, el efímero placer de plasmar un pensamiento en un pedacito de la realidad". Al cerrar sus labios, el pincel volvió a empaparse de rojo. Abrí la boca, fruncí el ceño y la pregunta desapareció cuando el índice de Eva se posó sobre sus labios. Bajé el rostro, apreté los dientes y tragué saliva amarga.

La observé nuevamente y noté que ella me imitaba. Ambos teníamos miradas de asombro y las bocas apretadas; ambos esperábamos que el creador dijese que ya era suficiente por ese día, que podíamos ir a nuestras casas a pensar en los pedacitos de realidad de nuestras pupilas. Permanecí callado por el resto de la velada y entendí que las palabras de Kowalski habían respondido otra interrogante que no deseaba –o no lograba– verbalizar: ¿eran todos los genios tan soberbios?

A la mañana siguiente, mientras tomaba una taza de café en la biblioteca, vi su fotografía en la sección de cultura del periódico. "Vladimir Kowalski, el genio polaco del Granatismo", se titulaba el artículo. El autor era un periodista y artista plástico, y hablaba de Kowalski debido a su visita al país. El texto era descriptivo y se asemejaba a una nota de espectáculos: destacaba su infancia precaria en el antiguo Voivodato de Toruń, marcada por el comunismo represivo de Polonia en los años setenta e inicio de los

ochenta; la profunda admiración por su compatriota Jacek Malczewski y la obra *Thanatos* (1898-1899); el movimiento que encabezaba, el Granatismo, y las mujeres que eran retratadas en esas pinturas. A pesar de la timidez de la redacción e información del artículo, en las últimas líneas, el autor deslizaba una pregunta sugestiva: "¿Se encontraría, algún día, una de sus pinturas granatistas en un museo, o sólo las conoceríamos por fotografías de los propios coleccionistas privados?" Fue en ese instante en que comprendí que sería uno de ellos, uno de los pocos que tendría una pintura de Kowalski. El propio maestro me lo había sugerido. Sería uno de los pocos hombres que tendría a una de sus mujeres de rojo.

II

Conocí a Eva un sábado, mientras cenaba. Supe que era la primera vez que trabajaba en un restorán de cinco estrellas debido a su nerviosismo al servir el vino. Vestía como el resto de sus compañeros, llevaba el cabello castaño en una coleta y el maquillaje que usaba era muy suave, como el rojo de sus labios. Sabía que me sonreía por educación, pero entre sus comisuras se escapaban las preocupaciones. Pedí la cuenta, dejé un par de billetes en el libro y le agradecí su atención. Señalé que volvería la próxima semana y que esperaba encontrarla. Eva fingió una última sonrisa.

La segunda vez que nos encontramos, Eva realmente sonreía. Se acercó a mi mesa, con el andar elegante y la intención de tomar mi orden; sin embargo, se sorprendió cuando la invité a cenar conmigo. Giró el rostro hacia ambos lados y finalmente decidió aceptar mi propuesta. Me incorporé y la ayudé a sentarse. Sus compañeros la observaron.

—Horacio Almazán, mucho gusto —dije, con una sonrisa.

—Eva Núñez —respondió, tímida, como si aún fuese una niña.

—Sé lo que debe preguntarse en estos precisos momentos y responderé a esa duda antes de partir —uno de los camareros se acercó a la mesa. Vigilaba con el rabillo del ojo a su compañera, pero no se atrevía a decirle una palabra. Supuse que el muchacho sabía que era dueño del local. Se disculpó por interrumpir nuestra conversación y nos entregó las cartas—. Ordene lo que desee, Eva.

Se limitaba a responder mi curiosidad. Cursaba el tercer año de Medicina en una universidad privada de la ciudad y vivía con su madre. Supe que trabajaba medio tiempo en aquel restorán para pagar los gastos que acarreaban sus prácticas. Supe que comía y bebía muy despacio porque

temía que la comida y el vino manchasen el mantel. Supe que nunca antes un hombre le había acomodado la silla para que se sentase y que odió aquel gesto. Entendí que todas las mujeres que conocía y conocería se llamarían, en algún momento, Eva. Creí que sería imprudente indagar en los secretos de una mujer, por lo que evité hablar de su padre, de sus amores y de su edad; y ella me lo agradecía con bosquejos de sonrisas. Había terminado nuestro momento y la costumbre –o el deseo de mostrar mi hombría– me obligaba a cumplir mi palabra.

—Habla con tu superior —dije, al pedir la cuenta—. Dile que renuncias y que quiero que se te pague la liquidación de inmediato. Desde ahora en adelante, hasta que acabes tu carrera, yo pagaré tus gastos —noté que Eva quería negarse, que las preguntas se acumulaban en sus labios—. Déjame terminar, por favor —ella apretó los dientes—. Sólo tengo una única condición: quiero que seas modelo para una pintura —los hombros de Eva cayeron y sus pupilas se agrandaron—. Hablaremos de los detalles en el auto. Te esperaré afuera.

Mis palabras no la habían convencido, pero una sonrisa selló el acuerdo. Luego de hablar con su madre en la mañana del siguiente día, firmamos un documento que estipulaba mi deber con ella. Formalidades mías, según la propia Eva; honor y palabra de hombre, según yo.

III

Kowalski conoció a Eva tres días después. Cuando supo que retrataría a una mujer, se empeñó en que sea un desnudo completo. Me negué rotundamente a aquella idea, pero Eva accedió a ser plasmada de esa forma. Le aseguré que no era necesario, pero ella respondió con voz suave: “Lo hago por el arte, Horacio”. Fue la única vez que me llamó por mi nombre.

Se desnudó y dejó que su cuerpo cayera sobre la madera. Kowalski quería retratarla sobre una mesa redonda, sosteniendo una rosa, sin ningún tipo de maquillaje y con el cabello enmarañado. El primer día, luego de mi pregunta sobre el aprendizaje del polaco, supe que si quería ver el progreso de la obra debía permanecer callado. Las figuras rojizas tomaban forma en la tela con el pasar de los días, pero Eva aún no era retratada.

Al transcurrir una semana, Kowalski me citó una hora antes de que siguiese con la obra. Acudí a su estudio y este me recibió de buena manera. Al parecer, quería mostrarme el avance del cuadro sin la presencia de Eva. Observé los trazos a una distancia prudente y noté que la pintura que utilizaba el maestro era diferente, que olía a metal.

Kowalski adujo que sólo trabajaba con una mezcla especial, pues el color que buscaba sólo lo encontraba en un único lugar.

—¿Hay algo que quiera saber, señor Almazán? —me preguntó Kowalski.

—Si no le incomoda, quisiera saber por qué aún no pinta a la modelo —noté que una sonrisa se dibujaba en el rostro del polaco—. Ha transcurrido una semana y aún no aparece en el cuadro.

—No puedo pintar a una mujer con esta mezcla —Kowalski se alejó por un momento, buscó entre sus pinceles y tomó uno. Lo sumergió en la pintura que utilizaba y me la mostró—. Necesito un color más vivo, más fresco.

—¿Quiere que se lo consiga? —pregunté, al cruzar los brazos.

—No, no —mover la cabeza hacia ambos lados y alejó su herramienta—. Todo tiene su momento. Un mago no asombra al público hasta el final del truco. La clave del arte es la paciencia.

Lo observé por momento. El polaco veía el granate sobre el lienzo como mis ojos observaban al fantasma de la mujer en la pintura.

—¿Por qué me ha citado antes de la sesión, señor Kowalski? —pregunté, sin desviar la mirada.

—La verdadera pregunta es, señor Almazán, ¿por qué quiere que esta mujer sea retratada? —el polaco esbozó una sonrisa—. ¿Acaso le interesa la muchacha?

—Eso no es de su incumbencia —repliqué, con seriedad—. Pero es extraño que me cite una hora antes y que, a pesar de toda una semana, aún no haya pintado a Eva.

—El extraño es usted, señor Almazán. Distrae a la modelo, y ello me distrae. No pertenece al momento de la creación.

Me arreglé el saco bruscamente y dejé escapar aire caliente por la nariz. Estuve a punto increparle su arrogancia, pero la voz de Eva socavó mi mente. “Lo hago por el arte, Horacio”. Le prometí al polaco que no presenciaria el resto de sesiones y me despedí sin estrechar su mano. Decidí que sólo vería a aquel hombre cuando fuese necesario o si Eva me lo pedía. Sólo si ella me lo pedía.

IV

Eva ya no estaba nerviosa al comer. Supuse que, luego de un mes de cenar juntos, sus miedos o distanciamientos habían desaparecido. Parte del documento que ambos firmamos especificaba que ella debía lograr un rendimiento académico de excelencia y era el tema de conversación de cada semana. Ella misma había deseado que sea parte del trato. “Si no consigo merecer su ayuda, de nada vale que la tenga”, me había dicho aquella vez. Sin embargo, siempre terminábamos hablando de Kowalski. Aquel hombre siempre aparecía en nuestras conversaciones como una maldición eterna.

—A veces creo que está loco —dijo Eva, luego de limpiarse los labios con la servilleta—. Es raro ver a un hombre oler la pintura cada vez que realiza un trazo. Pareciera que no puede vivir sin respirar ese olor.

—Es un hombre extraño, es cierto —respondí, al observar sus labios—. Sin embargo, es uno de los mejores artistas de este tiempo. Soportar sus extravagancias es poco, en comparación a la grandeza de su obra.

—No lo justifique —Eva sonrió—. El hombre está loco de remate.

Le devolví la sonrisa y charlamos por una hora sobre sus estudios y mi pasado matrimonial. Sólo con un par de personas había conversado sobre mi esposa. Luego de su muerte, preferí que el silencio hablase por mí. No hay persona que no entienda el lenguaje del silencio y no había comunicación que sobreviviera con él. Pero con Eva era diferente. El silencio se prolongaba y dentro de él aparecían sonidos que comunicaban más que nuestras palabras; pero el hombre siempre aparecía entre nosotros. Su nombre no era pronunciado, pero su presencia era inevitable. Kowalski. Quería verme aquella noche y ella era su mensajera. Decidí que no quería verlo ese día, pero los ojos de Eva me convencieron. “Sólo esta vez. Quiero saber cuándo terminará la pintura”. No podía negarme.

Llegué a la hora acordada y no planeaba quedarme por mucho tiempo. La puerta estaba abierta. Toqué con los nudillos e ingresé lentamente. El hombre estaba sentado frente al lienzo y lo observaba detenidamente, como si estuviese en trance.

—Señor Kowalski —dije, con voz grave—. Quería verme.

—Sí, señor Almazán —el polaco ni si quiera me dirigió la mirada—. Acérquese, por favor. Necesito su opinión.

Al caminar hacia su posición, noté que la pintura aún no retrataba ni un milímetro de Eva. Había transcurrido un mes desde que se había iniciado

el proceso y cada día el hombre la observaba desnuda, sin dibujarla.

—¿Usted es un artista o un perverso? —pregunté, furioso—. Ha pasado un mes y aún no pinta a Eva.

Kowalski sonrió y buscó uno de sus pinceles. Éste era más grueso que el resto y no tenía ni una sola mancha.

—Le quiero contar algo sobre el arte —dijo Kowalski—. Específicamente, sobre el arte de retratar a una mujer. Cuando usted ve a la joven, ¿qué ve realmente? ¿Una mujer o el alma de una mujer?

—Ambas —respondí, al instante—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Cuando yo veo a la joven sólo veo el alma de una mujer. La mujer está ya en el cuadro, pero un cuerpo necesita un alma para que pueda vivir. Cuando Dios creó a la mujer, tomó una costilla del hombre, una parte de él, y le dio su propia alma. El problema con los artistas es que no tenemos ese poder. No podemos darle un alma a nuestra propia creación. Sin embargo, podemos dar vida de otra forma. Podemos dar sangre —Kowalski alzó el pincel y desglosó una navaja del mismo—. Pero para crear a Eva, necesito una parte de Adán.

Mientras mi pecho se empapaba de rojo, entendí que Kowalski no era un genio, sino un hombre más que quería hacerse pasar por Dios. Él usaba su arte sangriento; yo, mi dinero. Entonces, pensé en ella y le pedí perdón a la distancia, sin poder pronunciar ni una palabra. Eva no era una persona para ambos: era un trofeo. Un premio que entregué a este hombre sin moral ni principios, a este hombre que me convenció que era mejor que yo. A este hombre que era igual a mí.

Capítulo 2

Introyección

Martin Lawson volvió a Nueva York en noviembre de 1945. Compró una casa en las afueras de la ciudad con el dinero que el Gobierno le había otorgado por su servicio en la guerra y los ahorros de toda su vida militar. Se mudó a una semana de haber llegado al país con su esposa, quien había cruzado el Atlántico por primera vez, e intentó alejarse de quienes le recordaban la vida antes de sus cicatrices. Conoció a Danielle Gaumont, enfermera de la Francia Libre, cuando su pecho fue impactado por metralla. Gaumont había escapado de París hacia Vichy luego de la ocupación alemana, mientras que Lawson había desembarcado en Normandía. Danielle le curó las heridas y alimentó a diario; le acompañó en los delirios de la fiebre y los recuerdos; le leyó historias que su madre le contaba de pequeña, mientras él imaginaba agonizar. Cuando creyó que el momento era apropiado, tuvo que decirle que la guerra había concluido sólo para él, que tendría problemas para respirar por el resto de sus días y que regresaría a casa como un héroe.

Se comprometieron a los cinco meses de conocerse y se casaron dos meses después. La ceremonia fue discreta y los únicos asistentes fueron los soldados heridos de la guarnición. Entre las felicitaciones y los abrazos, ambos juraron que pasarían el resto de sus vidas en América, lejos de las guerras, las noches de espera y los recuerdos de quienes habían perdido. Luego que el Tercer Reich fuese derrotado, el regreso a Nueva York se simplificó. Los viajes en barco se volvieron más seguros y los días en altamar se convirtieron en las vacaciones perfectas, a pesar del dolor de la herida, el insomnio y la compañía de ataúdes cubiertos con banderas. Al llegar a tierra americana, ambos se instalaron en un hotel pequeño. Danielle buscó una casa a buen precio mientras Lawson recibía los honores, las medallas y las compensaciones.

El inglés de Danielle era simple, como el de una niña; sin embargo, era esa sencillez, la cual se mezclaba con palabras en francés, que Lawson admiraba. Le recordaba los días en que ella se sentaba a su lado para cambiarle las vendas, sin la necesidad de entenderse el uno al otro. Luego, él tocaba su cabello negro, lo enrollaba entre sus dedos y sentía que era más que un simple ser; sentía que era cada hombre que alguna vez deseó a una mujer. No obstante, aquella vez la sensación se desvaneció con sólo observarla. La habitación de la nueva casa se reducía al lado de Danielle, lenta, como las últimas palabras de las historias que le contaba en Francia. Los segundos se prolongaban entre los lunares de su

espalda; se negaban a morir mientras él la observaba en la oscuridad. Se preguntó si la felicidad era el placer de haberla conocido o sólo el simple calor de sus pecados. Había pecado, amor. Los había abandonado en medio de las balas y el saqueo de sus almas. Se preguntó si el no poder respirar por momentos era parte de su castigo y si los recuerdos serían la tortura divina. Cerró los ojos y la soñó. La vio a su lado, dormida. Notó que su respiración era tenue y pausada, que sus piernas se movían debajo de las telas blancas y que su espalda estaba desnuda. Recorrió su piel y cabellos con la mirada; rodeó sus curvas y sintió el calor en sus palmas sin tocarla. Posó una mano sobre su cintura pero el cuerpo se desvaneció entre sus dedos y se volvió arena entre las sábanas. Lawson intentó reconstruirla tan rápido como pudo, sin embargo, cada vez que desviaba los ojos, ella se desmoronaba. Sumergió ambas manos en la arena y formó puños dentro de ella. Advirtió que ya había vivido aquel momento y que en realidad no la estaba soñando; en cambio, la estaba recordando. Abrió los ojos y ella volvió a estar a su lado. Estiró la mano, lentamente, y tocó el brazo de la mujer. Danielle, soñolienta, volteó el cuerpo y preguntó, con voz suave, qué era lo que ocurría. Lawson acarició su rostro, en silencio, como si nunca hubiesen salido de Francia, y nuevamente cerró los ojos; y supo que ella lo observaba desde arriba. Su mentón delicado se movía con elegancia, mientras sus labios se endulzaban en francés. Lawson no entendía sus palabras; se perdían entre el dolor en su pecho y la neblina alrededor de sus ojos. Buscó la mano de la mujer y ella entristeció. Se hallaba sentada a su lado, con gotas de sangre en las ropas y las manos frías. Danielle cogió un pañuelo, le limpió el sudor del rostro y le acomodó el mechón de cabello que caía por su frente. La había conocido en otro momento, en otra vida; le había acariciado el cuerpo y el alma, pero no sabía cómo recordar. Abrió la boca e intentó averiguar su nombre, pero un dedo cubrió sus labios y una melodía desconocida cerró sus ojos. ¿Qué le ocurría, Martin? Danielle envolvió la mano de Lawson con la suya y la apartó de su mejilla. El hombre, al observarla desnuda, supo que no había transcurrido ni un segundo; sin embargo, su pecho palpitante le evocaba el momento anterior. Acercó la mano de la mujer hacia él y sintió los dedos suaves que recorrían su barba rala. Era ella, la sentía, la quería; y el barro en su rostro lo cegaba. Advirtió que sus piernas no se movían, que sus brazos le pesaban y que no podía oír. Dos hombres lo arrastraron hacia una trinchera, mientras el resto corría y disparaba. Recobró, lentamente, el dolor en sus piernas y los gritos de agonía de quienes le rodeaban empezaron a formarse. Se incorporó, observó la cantidad de soldados que aún luchaban y fue en busca de su arma. Oyó su nombre, la orden inmediata de evacuar a los heridos y el grito de la retirada. Lawson se detuvo por un instante y pensó en obedecer a su superior; sin embargo, buscó a las tropas enemigas con la mirada y recogió su pistola. Avanzó hacia la vanguardia y disparó a todo hombre que tenía al frente. Las balas cortaban la carne y manchaban la tierra; los hombres se sentían dioses temerosos al manipular el fuego con sus manos. Lawson se cubrió detrás de una pared destrozada y mató a quienes se acercaban. Vio los cuerpos

de quienes caían; reconoció miradas de quienes compartieron risas el día anterior con él y disparó nuevamente, sin titubear. Cuando su arma se descargó, se dirigió a recoger la de algún abatido. Caminó agachado y sintió que el metal cortaba el aire; escuchó que se acercaba rápidamente hacia su posición. Levantó el rostro y notó que las aves crecían con cada segundo. Los aviones bombardearon el terreno aliado y el torso de Lawson fue impactado por metralla. Cayó al suelo, se cubrió el pecho y gritó de dolor; mientras temblaba sobre la cama. Danielle, desnuda, se incorporó, tomó las sábanas que los envolvía e intentó detener la hemorragia. La sangre cubrió las manos de ambos y Lawson entendió que nunca debió salir de Francia. Cerró los ojos, la oyó llorar, y despertó a su lado. Supo que ya no soñaba; supo que ya no recordaba. Supo que había vivido lo suficiente para pagar su deuda. Notó que las manos y las ropas de Danielle se empapaban con su sangre, que aún estaban en esa tienda, en medio de la guerra. Se apenó porque ella nunca sabría que la quiso sin conocer su verdadero nombre, y que habían sido uno en un recuerdo que nunca se realizó.

Martin Lawson volvió a Nueva York en noviembre de 1945, cuando sus restos fueron finalmente repatriados.

Capítulo 3

Bajo la lluvia

Cuando oyó que la puerta se cerró detrás de ella, pensó que había cometido un error. Catalina apresuró el paso mientras esperaba que la voz de su padre la detuviese bajo el sol. El tronar de sus tacos sobre la vereda cantaban cada segundo de su partida. Había renunciado a su familia y aún no estaba segura de su decisión. Caminó hasta no reconocer las casas y se detuvo en un poste de luz. Buscó dentro de su bolso y cogió un espejo pequeño. Al observar sus ojos, notó que estaban enrojecidos, pero ni una sola lágrima arruinaba el maquillaje de su mejilla. Contó el dinero que había conseguido, levantó el brazo y tomó un taxi. Estaba en lo correcto.

Al regresar a su departamento, Catalina se quitó el maquillaje y se dio una ducha. Mientras secaba su cabello, se observó en el espejo. Los hilos castaños cubrían parte de su rostro y sus ojos aún estaban irritados. Sí, estaba en lo correcto. Asintió a su reflejo y apretó los dientes. Lo había pensado mucho a través de las semanas. Incluso había soñado con lo que podría suceder y lo que nunca ocurriría. Colgó la toalla que cubría su cuerpo en una silla, se vistió con ropa holgada y buscó una correa roja. Salió del departamento, buscó con los ojos que la carta aún estuviese en la mesa de la sala y cerró la puerta. Al acercarse al umbral de su vecina, escuchó los golpecitos contra el piso de siempre.

—Ya estoy en casa, amor —dijo Catalina, con voz dulce, mientras la puerta se abría—. Ya vamos a salir a pasear.

—Le he dado de comer hace una hora —dijo una mujer de mediana edad, con par de canas en el flequillo. Un perro con manchas negras en un ojo, el lomo y la cola saltó hacia Catalina al verla en el pasadizo—. Antes que tocaras ya estaba saltando.

—Siempre lo hace —replicó Catalina, quien se había acuclillado para acariciar al can—. Muchas gracias por cuidarlo, Estela. Mañana te lo dejaré un poco más tarde.

—No te preocupes, que estoy todo el día —la mujer se despidió del perro con un gesto, mientras Catalina le ponía la correa en el cuello.

Al llegar a las escaleras, el animal se sentó y levantó la mirada hacia su dueña. La mujer soltó el lazo y el perro galopó hasta la puerta del edificio. “Anaxi, espera”, gritó Catalina, al reír y correr detrás de él. Lo había

nombrado como el filósofo griego Anaxímenes porque deseaba llamarlo por un diminutivo extraño. Recordó las pocas clases de la materia que le dieron en la escuela y el nombre que más le llamó la atención. Cuando le preguntaban el porqué, sólo sonreía y decía que el perro era más inteligente que cualquiera.

Cuando alcanzó a Anaxi, Catalina tomó la correa y abrió la puerta. El sol estaba oculto detrás de nubes grises y el viento enfrió su rostro. La mujer se acuclilló, acarició al can y le dijo que irían a jugar. El perro la guio hasta el parque, mientras saludaba a las personas al mover la cola. Catalina observó los autos, las paredes y las luces de los semáforos. Se frotó los ojos y suspiró. ¿Estaba en lo correcto?

Pasó el resto de la mañana trotando alrededor del parque con Anaxi. Cuando el perro encontró una ramita, le pidió a Catalina que la lanzara. Ella se sentó en el pasto y lanzó la rama, tan lejos como pudo. El can corrió detrás de ella y regresó jadeando. Catalina se preguntó si su perro pensaba en ella como una madre o una amiga, si era verdad que amaban a sus dueños más que a sí mismos. Quizás sólo ella lo quería, o quizás sólo él la quería. El cielo había oscurecido y el aire se había puesto pesado. Llovería en cualquier momento y Catalina se apresuró en poner la correa a Anaxi. Al regresar, el perro guiaba el camino y aún llevaba la ramita en la boca. Las gotas empezaron a caer cuando estaban a una cuadra del edificio donde vivían. “Ya llegamos”, dijo Catalina. Anaxi, inmediatamente, dejó la rama en la vereda y esperó a que su dueña encontrara la llave.

En la puerta del departamento, el perro estaba sentado en la alfombra de bienvenida. Catalina había entrado a buscar una toalla para secarle el cabello y las patas. Cuando terminó de limpiarlo, le acarició debajo del hocico y le dijo que ya podía pasar. Mientras Anaxi bebía agua, Catalina buscó la carta sobre la mesa de la sala. Sabía lo que estaba escrito en el papel, sabía que las palabras no cambiarían con sólo desearlo. Abrió el sobre y observó su contenido. Leyó rápidamente y buscó los ojos de su perro. Debería estar en lo correcto, ¿no, Anaxi? Arrugó el papel y lo dejó caer en la mesa. Notó que el número de lotería del día anterior estaba detrás de las copias de propiedad del departamento. Buscó el periódico que había comprado dentro de su bolso y se dirigió a la página con los resultados. Sólo uno de los cinco números coincidía.

—Las oportunidades se me acaban, Anaxi —dijo Catalina, con voz suave—. Supongo que es lo que debe pasar —el can inclinó la cabeza

hacia un costado y movió la cola. Catalina acarició su lomo—. No te preocupes, cariño. Todo va a estar bien.

La tarde se convirtió en una maratón de películas repetidas en los canales de televisión. Anaxi dormía al lado de Catalina y, de vez en cuando, caminaba hasta la ventana para observar la lluvia. La mujer recostó la cabeza en el sillón y trató de dormir. Por momentos despertaba y notaba que las escenas no eran las mismas, que la película ya no era la misma, pero el sueño persistía. Sin embargo, ya no despertaba para ver la pantalla, para ver si había oscurecido o si su vida se había arreglado. Despertaría pronto; sabía que la despertaría pronto. Anaxi hociqueó el rostro de Catalina y lamió sus dedos, pero ella no despertaba. Ladró un par de veces y notó que su dueña abrió los ojos. Se sentó y movió la cola hasta que una sonrisa apareció frente a él.

—¿Ya es hora de comer, cariño? —Catalina se puso de pie e hizo un gesto para que el perro la acompañase—. Gracias por despertarme.

Mientras Anaxi comía en la cocina, Catalina se acercó a la ventana de la sala. La lluvia había parado pero las pistas y veredas brillaban bajo los postes recién encendidos. Sería una noche fría, como las que solía disfrutar cuando era niña. Se acomodó el cabello, notó que se reflejaba en el vidrio y sonrió débilmente. Había decidido no quedarse; había decidido que no esperaría a que le quitaran lo último que tenía. Buscó su bolso y contó el dinero que le quedaba. Supuso que sería suficiente para un mes. Recogió el sobre donde había estado la carta notarial y guardó el dinero allí. Al ver que el perro había terminado de comer, se preguntó si en realidad estaba en lo correcto.

Cuando despertó, la noche aún cubría el mundo. Catalina vio el reloj y supo que mientras la ciudad soñaba bajo una nueva llovizna, ella había encontrado la realidad. Se dirigió hacia la ducha y encendió la terma. Echó un vistazo al rincón donde Anaxi dormía sobre su cama y se desvistió sin sentir el frío de la madrugada. Caminó hacia el baño con los pies descalzos y abrió la llave. Cuando el agua tibia cayó sobre su cabeza, pensó en los meses que no había tenido un trabajo, en los días en que

sólo había comido galletas y en aquel chico con el que se había jurado amor eterno en la escuela. Supuso que no todas las promesas se cumplían, y que no todos los sueños tocaban la realidad. Quizás Dios no se interesaba en lo que ocurría con las personas, o quizás no se interesaba en lo que ocurría con ella, pero ya no le importaba. Ya no importaba, en realidad.

Se vistió y limpió cada rincón de la casa. Bañó a Anaxi luego que amaneciera y lo secó con una toalla. Planchó toda la ropa que tenía y lustró cada uno de sus zapatos. Se sintió sucia luego del trabajo y se duchó nuevamente. A pesar del clima, no sentía frío. Al igual que el día anterior, se vistió con ropa ligera. Juntó las cosas del perro en una caja, le puso la correa y lo besó en la cabeza.

—Ya no viviremos en este lugar, cariño —susurró Catalina, mientras Anaxi trataba de lamer su rostro—. Decidí que no nos quedaremos. Te dejaré con Estela, como siempre, ¿está bien, amor?

Esperó un momento y sonrió. Cogió la caja con las pertenencias de Anaxi y trató de abrir la puerta. Cuando finalmente pudo girar la perilla, recordó que había dejado el dinero en la mesa y regresó por el sobre. Lo puso dentro de las cosas del perro y ambos salieron del departamento. Catalina cerró la puerta y guio al animal hasta la casa de Estela. Tocó despacio, como si no quisiera que alguien la escuchase. Luego de un par de minutos, Estela apareció bajo el umbral y saludó a Catalina.

—Pensé que vendrías más tarde, como dijiste ayer —dijo Estela, somnolienta.

—Sí, lo siento —replicó Catalina—. Ha ocurrido algo y tengo que viajar.

—¿Quieres que lo cuide hasta que regreses? —Estela acarició al perro detrás de las orejas.

—Sí, por favor. Necesito que lo cuides. Ya se acostumbró a ti —Catalina le alcanzó la caja y le hizo un gesto con la cabeza—. Hay un sobre con dinero para sus gastos.

—Está bien, yo lo cuido hasta que regreses —Estela dejó la caja en un mueble y recibió la correa del can—. Es un buen perro.

Catalina le agradeció a la mujer una vez más y ambas se despidieron. Acarició al perro y le dijo que pronto se verían. Cuando la puerta de Estela se cerró, escuchó que Anaxi estaba ladrando y llorando. Bajó por las escaleras tan rápido como pudo e intentó no escuchar al can. Al salir del edificio, se preguntó cuánto tiempo demoraría Estela en notar que no había regresado a su departamento o que no llevaba ningún equipaje. Pensó que quizás no estaba en lo correcto, pero ya había tomado una

decisión. No se quedaría en ese lugar y tampoco iría a ningún otro. Se sentía muy cansada y prefirió caminar bajo la lluvia, sin rumbo alguno, mientras las personas salían de sus casas para perseguir lo que ella había abandonado.

Capítulo 4

El frío de la sangre

¿Había oído bien? Dejó el auricular en su lugar y se colocó la chaqueta. Catorce años ya; catorce años había esperado por esa llamada. El cielo nublado y las luces borrosas del alumbrado público le anticipaban a Enrique una lluvia de madrugada. Se repite. Una llamada por la noche y un policía que espera por él, que espera que identifique a una persona. Un taxi, por favor. Una carrerita hasta la comisaría porque se terminaría rápido. Por favor, que fuese rápido.

—Está corriendo mucho aire, ¿no? —preguntó el comandante Medina, mientras caminaban por el pasillo.

—En agosto siempre corre mucho aire, comandante —respondió Enrique, al apretar los dientes—. Es el mes más frío del año. El mar me lo recuerda cada mañana.

—Había olvidado que es pescador, señor Salcedo —el policía giró la perilla y observó a Enrique—. Terminemos con esto de una vez.

El hombre tenía la quijada sobre el pecho y las manos atadas por detrás de la silla. El comandante Medina se acercó a la figura cabizbaja y lo pateó suavemente en el tobillo. ¿Era él, señor Salcedo? Enrique avanzó dos pasos, observó el rostro ensangrentado del hombre y los ojos del oficial repitieron la interrogante.

—No, no es él —dijo Enrique, con mirada severa.

—¿Está seguro, señor Salcedo? —el comandante levantó el rostro del hombre por los pelos—. Ha pasado mucho tiempo y este concuerda con los rasgos del sujeto, pese a estar envejecido —los párpados del individuo se cerraron mientras gemía—. Mírelo bien.

—Estoy seguro, comandante Medina. Este sujeto no es mi hermano.

La caminata hacia la playa lo despertó más que la taza de café del desayuno, los pasos entre las calles silenciosas y humedecidas. Se sentía como un fantasma que merodeaba por el puerto y buscaba una salida. Dejó la red junto al balde sobre la arena y se quitó las botas. El frío del mar entró por sus dedos y lo hizo temblar. Tomó la red, respiró hondo y se adentró en el agua. El cáñamo tocó la marea. Enrique halaba por un momento y luego dejaba que el mar pelease con él. Ya era parte del mundo; ya era parte la humanidad. Todo ese mar debajo de la noche; todos esos hombres que alguna vez sintieron el frío y prefirieron el día. La red pesaba más cada vez que Enrique la atraía. Caminó hacia la orilla luego de un par de horas. El agua intentaba atraparlo por las piernas, pero esos hombres habían perdido sus manos. Sus pies se hundían en la arena. Había amanecido y Enrique ya no sentía frío. Los peces revoloteaban en la red y sus ojos se clavaban en los de él. Una docena de lenguados para vender en el mercadito cerca del puerto y vería si conseguía un par de cangrejos en la orilla para el almuerzo y la cena.

—¿En qué momento nos hicimos viejos? —preguntó Enrique, al mirar el suelo.

—En el momento que dejamos de ser hermanos —el hombre sorbió de la cuchara—. Esto está muy bueno. ¿Tú cocinaste esta sopa de cangrejo?

—Vivo solo. En catorce años nadie ha cocinado para mí —Enrique mordisqueó la pulpa del crustáceo.

—Yo... Yo quiero preguntarte algo —el hombre dejó la cuchara dentro del plato—. ¿Por qué le dijiste eso al toambo?

—Eres mi hermano, Álvaro; mi sangre —lo miró fijamente en el ojo morado—. Y ya ha pasado mucho tiempo desde aquel día.

Estaba lloviendo, ¿por qué no se quedaba a dormir? Álvaro bebió lo que restaba de la sopa desde el plato. Gracias, gracias, se quedaría. Enrique le entregó una sábana gruesa y una almohada. Podía dormir en el mueble; él lo despertaría cuando se fuese a pescar.

—Gracias, hermano —dijo Álvaro, al cubrirse con la tela—. Por todo.

Bebió la taza de café y masticó un pan duro mientras lo observó dormir. Limpió la mesa, lavó el pocillo y buscó su red. Él aún dormía. Se acercó y lo despertó al moverlo del hombro. Ya era hora de desayunar, hermano. Somnoliento, Álvaro se colocó los zapatos y se puso de pie. Un golpe se estampó en su nuca y cayó al suelo. Enrique envolvió su cuerpo con las sábanas y luego con la red. Las pistas estaban mojadas y los postes se perdían en el silencio de la madrugada. Al llegar a la orilla, dejó el bulto sobre la arena y se quitó los zapatos. Se sentó al lado de su hermano y observó el mar. Luego de unas horas, Álvaro empezó a balbucear.

—¿Qué pasa, Enrique? —preguntó, aturdido.

—Estoy cansado, hermano —dijo Enrique, si quitar la vista del horizonte—. Ha pasado tanto tiempo. Catorce años desde que me quitaste a mi niña.

—Yo no le hice nada a ella —revoloteaba en la arena—. Ella lo quería.

—¡La violaste! —Enrique volteó el rostro y se puso de pie—. ¡La violaste y después la mataste! ¡A tu propia sobrina!

—¡Ella lo quería, te lo juro! ¡Soy hombre! ¡No me pude negar!

Lo observó por unos segundos y luego tomó a su hermano por los pies. Álvaro gritaba y pedía auxilio, pero el puerto estaba muy lejos como para oír sus súplicas. El agua rodeó su cuerpo y luego su cabeza. Su rostro se empapó con el frío hasta hundirse entre los brazos de la multitud. Mar adentro, Enrique soltó la red y se tumbó dentro del agua salada. Ya había amanecido y no sentía frío entre las personas.

Capítulo 5

Cosas de adultos

Cuando volviese a casa, le traería su dulce favorito. Benjamín esperaba a un lado de la ventana, como el niño impaciente que era. Quería oír el tintineo de las llaves, pues de esa forma sabía que su padre ya estaba de vuelta. Con una sonrisa, corría la cortina y observaba la calle cada vez que escuchaba algunos pasos. Si a lo lejos veía un hombre con la barba crecida y la cabeza gacha, lo miraba fijamente hasta asegurarse que no se equivocaba. Él siempre había cumplido su palabra y Benjamín tenía la certeza que le traería el dulce que le había prometido.

Cada vez que el padre le decía que compraría alguna golosina, regresaba con dos bolsas. La que contenía los dulces era para el niño, mientras que la segunda, la más grande, siempre era negra y pesada. “Es cosa de adultos”, le decía, mientras guardaba las botellas en la vitrina.

—Los niños no toman esto —le decía su padre, sin sonreír—. Esto es para los grandes. Tú sólo come tu golosina, pero guarda un poco para mañana o te dolerá la panza.

Sin embargo, Benjamín sabía que los grandes tampoco guardaban sus dulces hasta el otro día. Cuando se sentaba a tomar desayuno, su madre escondía las botellas vacías debajo del lavadero. A veces, también escondía cajas de medicamentos en lugares donde Benjamín no alcanzaría. Si le preguntaba por qué las ocultaba, ella le decía que eran cosas de adultos y que terminase el desayuno. Cuando su hermano aún vivía con ellos, él se encargaba de las botellas, pero en vez de esconderlas, las tiraba al tacho.

—Siempre hay que sacar la basura de la casa —le decía, con una sonrisa fingida. Benjamín sólo asentía y seguía comiendo el cereal.

Por las mañanas, su padre solía dormir hasta el almuerzo, especialmente los fines de semana. A veces, Benjamín lo veía dormir cuando su madre dejaba abierta la puerta de su cuarto. El hombre siempre tenía una mano que colgaba de la cama y que sujetaba fuertemente un papel. El niño siempre quería entrar y despertarlo, pero su madre se daba cuenta y lo mandaba a jugar o ver la televisión.

—Deja dormir a tu papá —decía su madre, mientras cerraba la puerta—.

Está descansando.

—¿Por qué duerme hasta tan tarde? —le preguntaba Benjamín, quien no podía dormir toda la mañana.

—Son cosas de adultos —le replicaba su madre, sin mirarlo—. Sólo ve a jugar.

Si su hermano estuviese en casa, quizá le daría una respuesta; pero hacía un año que se había ido a estudiar y sólo regresó a casa una vez. Extrañaba salir a jugar con él y que montasen bicicleta debajo del cielo azulino del verano.

Su hermano era el único que compartía tiempo con él; su hermano era el único que no lo trataba como un niño. Sin embargo, desde aquella pelea con su padre, sólo lo había visto un día. Cuando volvió, tenía el cabello largo y la barba crecida. Se veía diferente, como si hubiese envejecido en unos meses; y también lo trataba diferente. Se limitaba a discutir con su madre y sólo miraba a Benjamín desde lejos. Cuando le preguntaba qué era lo que ocurría, las palabras de sus padres salían de su boca: "Son cosas de adultos".

Benjamín no sabía cómo responder a esa frase. Sentía que no podría hasta que fuese uno, pero detestaba pensar en convertirse en un adulto. "Sería como ellos", se decía en voz baja. Desde entonces, se acostumbró a la idea de jugar solo por las mañanas, a que su madre sólo se dedicara a atender a su padre y a que su hermano estuviese ausente.

Pero aquel día era diferente. El padre de Benjamín había despertado temprano y su madre no había escondido ninguna botella en el desayuno. Ella se veía sonriente, pero él tenía el mismo semblante. Luego de mucho tiempo, escuchó a su padre preguntar por su hermano. Su madre le dijo que había hablado con él dos días antes y que estaba estudiando, como siempre. Durante toda la conversación, no lo obligaron a ver televisión o ir a jugar a otra habitación. Benjamín notó que estaba desayunando con sus dos padres y se preguntó si esa escena se repetía en las casas de al lado.

Cuando su madre salió de compras, su padre se sentó frente al televisor. Lo vio tomar unas pastillas y un vaso con agua. De pronto, le dijo que iría a comprar un dulce en la tienda. Benjamín asintió con la cabeza y supo que también compraría el otro dulce; pero la voz de su papá volvió a llamarlo.

—Hijo, ¿sabes? —la voz del padre era pausada y tranquila—, la vida mejora con los días, cuando aprendemos a olvidar. Ya vengo, sólo iré a comprar tu dulce favorito.

No esperó a que su hijo le respondiese y salió de la casa. Benjamín pensó en lo que le habían dicho y sonrió. Subió al mueble que estaba al lado de la ventana y empezó a ojear a cada minuto si su padre regresaba. Esperaba que volviese con una sola bolsa y que su madre sonriese el resto del día. Cuando finalmente oyó el tintineo de las llaves, esperó detrás del umbral y empezó a saltar sin notarlo. La puerta se abrió y su madre lo saludó. La ayudó con las bolsas y le contó que su padre había salido a comprar dulces. Notó que el rostro de su mamá cambió, pero inmediatamente le dijo que sólo compraría el dulce favorito de Benjamín. La madre buscó en su bolsa y sacó los dulces que su padre le había encargado comprar para el niño. Él recibió el paquete y sonrió más.

—¿Por qué iría a comprar más dulces si yo estaba trayendo? —preguntó su madre en voz alta—. Él mismo me dio el dinero.

Benjamín no lo sabía, pero cuando su papá regresara, tendría más dulces. Y es que su padre nunca le había mentado y ese día no sería la excepción. Abrió la bolsa y tomó un par de caramelos. Volvió a la ventana, corrió un poco la cortina y permaneció buscando el rostro de su padre entre desconocidos.

Capítulo 6

La sonrisa en la oscuridad

La cama del hospital era incómoda. Josefina estaba por primera vez de guardia y sólo tenía un par de horas para descansar. La rigidez del colchón le impedía dormir sin moverse y entreabría los ojos cada vez que se le adormecía una pierna. Se acostó boca arriba y estiró los brazos hasta ya no poder. El techo se unía en el foco y el sueño se convertía en un deseo inalcanzable: ¿sería así por el resto de su vida?

La cortina del cuarto estaba iluminada por uno de los postes que rodeaban el hospital. La luz que se distinguía era rojiza, como el sol al caer en el atardecer. Josefina observó la apertura de las telas y bostezó. Se puso de pie, sacó de entre sus ropas un teléfono y, al alumbrar su rostro, supo que era hora de regresar. Se dirigió hacia la puerta, movió la perilla y notó que el ruido habitual del pabellón de Urgencias se había esfumado. Viró la cabeza hacia ambos extremos del pasillo y frunció el ceño. Las luces aún estaban encendidas, pero las personas habían desaparecido con el ruido.

Josefina caminó hacia el centro del corredor con la cabeza gacha. Sus ojos aún no se acostumbraban al brillo de los fluorescentes. Con una mano los cubría, mientras que la otra ocultaba el teléfono en uno de sus bolsillos. Volteó para cerrar la puerta, pero percibió que una sombra se había formado en las cortinas de la habitación. Josefina se detuvo y notó que una sonrisa aparecía en la oscuridad. La persona crecía en la traslucidez de la tela y la enfermera infirió que se dirigía hacia ella. Cerró la puerta rápidamente y se alejó del cuarto hasta que su espalda chocó con una pared. Buscó el teléfono en su bolsillo y advirtió que no tenía señal. De pronto, escuchó que el vidrio dentro de la habitación se estaba quebrando. Las manos de Josefina empezaron a temblar y el aparato cayó al suelo. La mujer observó el teléfono roto, levantó la mirada y corrió sin saber hacia dónde se dirigía. Sentía que era perseguida en el trayecto, pero cada vez que volteaba el rostro no encontraba quién la buscara.

La sala de espera también se encontraba desierta. Las luces del techo aún estaban encendidas, los papeles de registros se habían esparcido por el suelo y una silla de ruedas se había desplomado hacia un costado. Josefina se tocaba el pecho e intentaba calmarse con pequeños golpes. Sentía que su corazón palpitaba como el de una caricatura. Recordó lo que había aprendido en las prácticas, los consejos de los doctores y sus compañeros: si quería salvar vidas debía suprimir su miedo. Buscó una silla y pensó en gritar por ayuda. Sin embargo, descartó la idea al darse

cuenta que su acosador sabía dónde estaba.

En el silencio, los ojos de la enfermera revisaron minuciosamente cada entrada hacia el lugar donde se encontraba. Ninguna sombra se aproximaba a la sala, pero presentía que súbitamente llegaría. Un escalofrío le recorrió la espalda y Josefina sacudió la cabeza sin notarlo. Se preguntó si él estaría afuera, si estaría esperándola y si cometería un gran error al tratar de escapar. Se mordió los labios, secó su frente con una mano y decidió que era momento de salir.

Caminó lentamente hasta la puerta de vidrio que daba hacia el jardín del hospital, mientras sus dedos aún golpeaban su pecho. Observó a través del cristal y buscó la misma sombra que había visto en las telas, pero sólo encontró las luces de los postes y su reflejo en la transparencia. Bajó la mirada y entonces supo que el miedo que le habían enseñado a suprimir era el miedo a que el resto sufriera daño, mas no el miedo primordial de los humanos. Apretó las manos, levantó la mirada y notó que la misma sonrisa que había visto antes se encontraba frente a ella. Josefina gritó y echó a correr, mientras que el vidrio se resquebrajaba. Encontró las escaleras, pero algo la cogió del tobillo en el segundo escalón. Cayó en las gradas y su rodilla golpeó el cemento. Forcejeó sin ver qué la jalaba hacia atrás y logró desprenderse. Se apoyó con sus manos y gateó hasta el segundo piso, mientras temblaba sin notarlo. Pensó en esconderse en alguna habitación y esperar a que alguien regresara al hospital, pero antes de dar el último paso, frente a ella, apareció nuevamente.

La sombra trató de alcanzarla, despacio, como si no tratase de tocarla, pero Josefina empezó a retroceder sin dejar de observar lo que tenía adelante. La sonrisa apareció desde lo que se asemejaba a una cabeza y la enfermera trató de hablar. Las palabras se difuminaron en su garganta y la mano oscura acarició su rostro. Josefina cayó de espaldas por las escaleras y abrió los ojos de golpe. El foco en el techo todavía estaba apagado y a su lado se encontraba la cama de la habitación donde había dormido. Se tocó el rostro rápidamente, como si dudase que sus mejillas aún estuviesen al lado de su boca. Había caído al suelo y sentía que sus piernas se estaban adormeciendo. Se puso de pie y observó las cortinas. La luz rojiza aún traslucía por la tela y ninguna sombra se proyectaba en ella. Se acercó a la puerta y apoyó su oreja en la madera. El ruido habitual de Urgencias todavía se propagaba por el pasillo y la enfermera sonrió al buscar el teléfono en sus bolsillos. La señal estaba a máximo nivel e incluso tenía un par de minutos antes de regresar a la guardia. Posó su mano en la perilla y se dispuso a abrir la puerta. Sin embargo, se detuvo antes de girar el metal. Josefina volteó el rostro hacia la ventana y encontró que nada había cambiado. Cerró los ojos, se dio un par de golpecitos en el pecho y guardó el teléfono. Bostezó suavemente y observó la luz que ingresaba a la habitación. En ese momento, la tela

resplandeció y una sombra se aproximó con una sonrisa.

Capítulo 7

La fotografía

Cuando perdí la esperanza, me di al abandono. En realidad, eso era lo que todos me decían al verme con la barba crecida. Pensaban que separarme de ella fue lo peor que me había pasado en la vida. Y es que las noches en los bares levantaban las sospechas de extrañarla a cada momento.

Pero, estaban equivocados. No me emborrachaba cada noche porque ella me había dejado. Debo admitir que de vez en cuando buscaba la única fotografía que no se llevó, y que la seguía amando como el primer día. Sin embargo, bebía con desconocidos porque nadie más lo se emborracharía conmigo. Me acercaba a mujeres que no conocía porque buscaba su reemplazo. Si había vivido tratando de hacer lo correcto y el resultado fue un corazón roto, debía estar equivocado. Suprimí los sentimientos y me dejé llevar. Ya había perdido lo que más quería y el resto no importaba. ¿Qué más se podían llevar?

La vida. Quizá. Ni siquiera lo pensé en su momento. Estaba convencido que debía hacer lo que siempre había temido. Ser una mierda no sonaba tan mal cuando ya te sentías como una. Y me convertí en una. No me importaron los rechazos o las cachetadas. Tampoco me importó cuando aceptaban las propuestas. Se convirtió en una rutina vacía. Una botella de whisky, miradas sobre los vasos, unas palabras en el oído y algún hotel cercano. Era fácil vivir sin sentir, y sentir sin querer.

Pero, por más que lo pienso, no puedo recordarlas. Tienen el rostro y el cuerpo diferente, pero todas llevan el mismo nombre. Cuando las tenía al frente, no las veía realmente. Sus sombras me recordaban a ella. No sólo combatía contra el alcohol y mis sentimientos, también lo hacía contra su fantasma. Ella siempre estaba presente. En mi mente, mientras bebía; en las palabras de cada mujer con la que hablaba; en las siluetas bajo las sábanas. Pero, al despertar, ni siquiera la recordaba. Desaparecía de mis pensamientos hasta que regresaba al departamento y encontraba su fotografía. Nuestra fotografía.

En ese momento, ella me tomaba de la mano. Me guiaba hasta la habitación y cantaba suave, como si temiese que la escuchara. Me decía que aún me extrañaba y que deseaba estar cerca de mí. Sonreía y se inclinaba para besarme. Me acariciaba el rostro y yo cerraba los ojos. El beso no se concretaba y regresaba a la fotografía. Ya no sonreía y su mirada estática me juzgaba. A veces, ella también era una mierda sólo

porque podía. Sin embargo, la última vez logró besarme en aquel sueño y, luego de varios meses, conseguí una sonrisa. Decidí que debía verla otra vez y que nos merecíamos una oportunidad, que me merecía una oportunidad.

Esperé a la noche, a que regresara del trabajo, y fui a buscarla. Cuando toqué la puerta, mis piernas temblaban. Sentir no era tan fácil y en ese momento tenía nuevamente algo que perder. Bajo del umbral, sus ojos observaron mi barba y de sus labios salió una sola pregunta: ¿qué hacía ahí? Sus palabras me dolieron más que los meses alejado de su piel. Le dije que todavía la amaba y que estaba ahí por ella. Cruzó los brazos, frunció el ceño y me dijo que ya ni siquiera me conocía. Sabía lo que había hecho cada noche, los nombres de cada mujer con la que había estado y también que nunca volvería conmigo, a pesar de amarme. Me quedé en silencio y bajé la cabeza. Antes que diese la vuelta, le rogué que no me dejara. Le dije que me perdería sin ella, pero la puerta se cerró y mi corazón quedó afuera. Estuve de pie por más de un minuto observando su ventana. Pensé que volvería y me abrazaría como lo hacía cuando estaba triste, o cuando pasaban los días y no nos veíamos. La puerta nunca se abrió. Me marché y volví a la rutina. Ser una mierda volvió a ser la única opción, pero esta vez ya no puedo decir que no sentía o que no me importaba. Y es que separarme de ella no había sido lo peor que me había pasado en la vida. En cambio, lo era saber que la mujer de la fotografía me amaba, pero ya no me quería.

Capítulo 8

Pesadilla

Desperté al sentir que algo me sujetaba el tobillo. No quise abrir los párpados, pero sentía que su mano se aferraba en la oscuridad. Pensé en moverme bruscamente para que me soltara, pero el miedo se apoderó de mí. Estaba echado de lado y mi cabeza daba hacia la ventana. Mi respiración fue creciendo con cada momento y sentía que mi corazón palpitaba tan fuerte como si estuviera a punto de explotar.

Abrí los ojos de forma ligera y entre mis pestañas pude ver la luz de la calle durante la noche. Vivía solo en un departamento y estaba en un tercer piso. No escuché ningún ruido y era imposible que alguien entrara desde el balcón de la sala. Quise ver qué ocurría, quién estaba sujetando mi tobillo, pero me había petrificado.

Me dije a mí mismo que probablemente era una pesadilla y traté de calmarme. "De seguro son las mantas", pensé. Pero la sensación no se iba. Aún me sujetaba el tobillo y fue entonces cuando la cama empezó a temblar.

Mi teoría sobre las mantas se fue al tacho. Pensé que podría ser un terremoto, pero no había ruido o gritos. La cama realmente estaba temblando. Apreté los dientes y, en silencio, rogué a Dios que se detuviera. Quise abrir los ojos, pero si lo hacía, sería real: alguien o algo estaría sujetando mi tobillo en la oscuridad.

Tras un par de minutos, el movimiento de la cama bajó de intensidad. La sensación de que alguien me sujetaba el tobillo no se iba, pero ya estaba dispuesto a voltear. Empecé por lo más fácil. Abrí un poco los ojos y noté que ya estaba amaneciendo. Moví los dedos de las manos y realicé un sonido suave para hacerle creer que aún estaba dormido.

Al ver cómo el cielo se aclaraba, la mano dejó de sujetar mi tobillo lentamente. Decidí quedarme quieto y me di cuenta que la cama ya no estaba temblando. Pensé que quizá me dejaría en paz si yo no notaba su presencia. Pasaron unos minutos y finalmente pude mover la pierna.

Lo hice suavemente. Al notar que no había resistencia, quise darme la vuelta. Nada impidió que me cambie de lado, pero mi mente aún tenía el recuerdo de que me estaban sujetando. Quise pensar que era un sueño,

pero el movimiento de la cama no tenía una explicación lógica.

La habitación estaba más iluminada y pude comprobar que no había nada ni nadie conmigo. "Está debajo de la cama", pensé casi de inmediato. "Eso explicaría el movimiento", añadí. Ahora debía verificar si mi nueva teoría era correcta. Pensé en ponerme de pie y correr hacia el otro extremo del cuarto, pero me atemorizó saber que podría volver a sujetarme del tobillo cuando pusiera los pies en el suelo.

Medité por un minuto y noté que la cama no volvió a temblar. "De repente todo fue un sueño", me dije. No me levanté y decidí esperar a que amanezca por completo, o algo extraño vuelva a suceder. Pero, mientras mi mente divagaba entre todas las posibilidades, me quedé profundamente dormido.

Al despertar, el sol brillaba por mi ventana e incluso volví a pensar que lo ocurrido había sido una pesadilla, o que las sábanas me habían jugado una mala pasada y que era yo quien estaba temblando. Me puse de pie y miré bajo la cama. No había nada. Me encogí de hombros y fui a darme una ducha. Mientras me desvestía, noté que en uno de mis tobillos había una mancha negra y que tenía la apariencia de una mano que me sujetaba.